



Monumento a Rodó en el parque de igual nombre

La gloria e intemporalidad del gran escritor uruguayo se asocia para siempre, en la concepción plástica de don José Belloni, al talento creador del artista, de cuyo nacimiento se cumple hoy el 94º aniversario

Suplemento Dominical de

EL DIA

Fundado por don Lorenzo Batlle Pacheco
el 2 de octubre de 1932

Año XLIII N° 2245. Montevideo, 12/IX/1976

Directora: Dora Isella RUSSELL

Dep. Legal 31.227/72

CUARENTA y seis años escasos, anduvo por el mundo aquel solitario magnífico. Aquel hijo predilecto del Uruguay, figura prócer de las letras, abijado de la Acrópolis, huésped alterno del Olimpo, rector espiritual de la juventud de América, señor de la alta docencia ética y estética, que nos acariciaba el oído con la melodía de esta reflexión:

"La perfección de la moralidad humana consistiría en infiltrar el espíritu de la caridad en los moldes de la elegancia griega".

Uno piensa en Rodó, lo imagina en su voluntario exilio del "mundanal ruido" y le sube a las sienes el romance de Lope de Vega.

"A mis soledades voy;
de mis soledades vengo,
porque para andar conmigo
me bastan mis pensamientos".

Sólo 46 años anduvo por la tierra aquel sonámbulo genial, de voz profética y esperanzada. Apenas 46 años. Dialogando siempre consigo mismo, con su conciencia, con su sensibilidad, con su corazón. Viviendo, pecho adentro, el drama de su soledad. Sembrando a manos llenas la palabra de misericordia y de optimismo. Sufriendo intensamente la angustia de la familia humana, en eterno conflicto de discordia.

Los poetas, los pensadores, los políticos, inventarán muchas frases bellas y profundas, para procurar la hermandad entre los hombres, pero difícilmente alcanzarán la proyección de aquella sencilla fórmula nazarena de ocho palabras: "AMA A TU PROJIMO COMO A TI MISMO".

Rodó mojaba su pluma en esa tinta. Y recostaba su frente en esa almohada. Y nutría su pensamiento en esa esencia. Y construía pirámides de sueños con esa levadura celeste.

El hombre de hoy ha volado muy alto; ha llegado al planeta Marte. Pero le falta mucho vuelo a sus alas para alcanzar la altitud de aquel minimísimo testamento de sabiduría: "AMA A TU PROJIMO COMO A TI MISMO".

Y Rodó, con ARIEL, merodeaba por aquellas regiones estelares cuando, por boca del Viejo Próspero, sostenía que

"hablar a la juventud sobre nobles y elevados motivos, cualesquiera que sean, es un género de oratoria sagrada".

Y rozaba con sus alas el espíritu del sabio apotegma, cuando decía:

"Lo que a la humanidad importa salvar contra toda negación pesimista, es, no tanto la idea de la relativa bondad de lo presente, sino la de la posibilidad de llegar a un término mejor por el desenvolvimiento de la vida, apresurado y orientado mediante el esfuerzo de los hombres".

Fresca está la tinta de sus palabras:

"Toca al espíritu juvenil la iniciativa audaz, la genialidad innovadora."

Y voz de eternidad sale de su garganta, cuando enseña que

"el fin de la criatura humana no puede ser exclusivamente saber, ni sentir, ni imaginar, sino ser real y enteramente humana."

Rodó nos invita a vivir la vida plena. El "mens sana in corpore sano". La vida física en la plenitud de sus goces materiales, pero también, alternativamente, la vida espiritual, en coincidencia con las altas inspiraciones de la meditación y el sueño.

No vivir esclavizados por la pasión del dinero, por la avaricia del lucro, por la fascinación del oro.

Ariel nos enseña a distinguir la diferencia que media entre la palabra precio y la palabra valor. Hay valores que jamás podrán ser comprendidos en la tabla de cotizaciones.

"A medida que la humanidad avanza —piensa— se concebirá más elevadamente la ley moral como una estética de la conducta".



Conducta estética es andar por las veredas limpias y no ensuciarlas con nuestros pasos. Conducta estética es salvar el corazón de las salpicaduras; dialogar a diario con la conciencia, sin tener que ruborizarnos. Ajustar nuestros actos a la ley moral. Equilibrio. Balanza en perfecto funcionamiento. En un platillo el pan de cada día; en otro platillo el sueño que eleva, la esperanza que alienta, la virtud que redime.

El albañil usa la plomada para que el muro que está construyendo no le resulte torcido. El artesano que labora en menesteres manuales usa la escuadra para que el trabajo sea perfecto.

Todos somos albañiles de nuestro propio edificio moral y artesanos de nuestras propias puertas y ventanas por donde asoma la conciencia.

José Belloni recogió, con las antenas de su sensibilidad, el mensaje de Rodó; del apóstol del humanismo, que prácticamente no tuvo niñez, ni adolescencia ni juventud, porque se dio por entero al sacrificio heroico de la vocación, soñando con un mundo apacible, con una humanidad ecuménica, con un hombre fraterno, sin angustias, feliz en su tránsito por la tierra.

Belloni recogió el mensaje para fijarlo en el granito, a través de la imagen de Ariel.

Imponderables signos de afinidad espiritual y estética unieron para siempre los nombres de los dos próceres del arte. El uno, genio del cincel, que desbastando el material en bruto, esquirola a esquirola, va definiendo la imagen física de la estatua, para luego infundirle el aliento del espíritu, los mitos de la poesía, la esencia del carácter, y convertirla en maravilla de arte, grata a los ojos de Dios y de los hombres. El otro, genio de la pluma, que, sin otro ma-



El monumento a Rodó



terial que el humo de los sueños y la magia del pensamiento, convierte en granito la palabra y va levantando castillos encantados, criaturas de leyenda, monumentos literarios de perdurable belleza.

Belloni había leído, releído, memorizado y asimilado la página en que Rodó describe, con pulcritud, la idealización angélica de la estatua de Ariel.

"La estatua, de real arte, dice Rodó, reproducía al genio aéreo en el instante en que, libertado por la magia de Próspero, va a lanzarse a los aires para desvanecerse en un lampo. Desplegadas las alas; suelta y flotante la leve vestidura, que la caricia de la luz en el bronce damasquinaba de oro; erguida la amplia frente; entreabiertos los labios por serena sonrisa, todo en la actitud de Ariel acusaba admirablemente el gracioso arranque del vuelo; y con inspiración dichosa, el arte que había dado firmeza escultural a su imagen, había acertado a conservar en ella, al mismo tiempo, la apariencia seráfica y la levedad ideal".

Compromiso serio el de Belloni frente a la tabla de dibujo, cuando lápiz en mano, en la intimidad del taller, inició la esquematización de la gigantesca obra. El monumento debía ser una síntesis plástica del sueño literario de Rodó, comprendidas, también, desde luego, las parábolas de "Motivos de Proteo".

¿Cómo crear una estructura original, acorde con el eminente linaje del tema, que reflejase el verbo hecho luz, la luz hecha poesía, la poesía hecha humanismo? ¿Cómo conciliar los rigores de la técnica con los imponderables del arte; las audacias de la concepción con las matemáticas del equilibrio? ¿Cómo superar la montaña de dificultades?

Lo imaginamos, inclinado sobre la mesa de trabajo, acariciándose las lenguas barbas encanecidas, el mentón, la frente, los cabellos, abstraído, en trance, como si convocara en su auxilio a los dueños de la inspiración. Nos parece verlo curvado, junto a la vereda de lámpara, geometrizando las disponibilidades de espacio, la distribución de volúmenes, el juego de perspectivas y contrastes, la orquestación de ritmo y colorido, de líneas planas y verticales, de voces de bronce con voces de granito...

Y he aquí que de pronto, de las arrugas de su entrecejo, hundido en la meditación, brota, como un chispazo, la gigantesca columna bifrontal, como eje del monumento, que brinda con sus dos fachadas espectaculares —anverso y reverso indistintamente cada una de ellas— la solución de superficie "aire, de amplitud y operabilidad, de atmósfera y luz, de ingravidez y soltura, para plantar "in situ" cada figura y cada grupo, con autonomía escénica propia y sin perjuicio de la homogeneidad plástica del conjunto.

Nos parece verlo más tarde, en los toques finales de la "maquete" definitiva que presentó al concurso. Y verlo, posteriormente, radiante de emocionada alegría, cuando recibe la noticia de que el Jurado le había conferido el primer premio.

Y luego, con la yema de los dedos, moldeando pacientemente la arcilla, confraternizando con su plasticidad, plasmándola a su original arbitrio, convirtiendo en criatura viva, en destello espiritual, la materialidad del tosco elemento terrígeno.

Seis años de intensa labor, de terca lucha, de dramático proceso —noche y día, fiebre y cansancio, desasosiego y angustia, pasión y abinco— hasta que, por fin, la mano del artista se enamora de la forma y la forma se enamora de la mano del artista; y

crece la luz como en la orquesta el sonido; y crece el rasgo como en el labio la sonrisa; y crece el mensaje como en la flor el perfume; y se definen uno a uno los mil puntos imprecisos de la nebulosa. Y entonces parece que la piedra comienza a respirar y que el bronce comienza a sensibilizarse; y que piedra y bronce cobran movimiento y voz, individualidad y perfil, fisonomía y carácter. Y el júbilo del artista estalla gloriosamente, como en el verso inmortal de Delmira: "¡Ah! ¡Más grande no fuera tener entre las manos la cabeza de Dios!".

Ahí está la columna vertebral del monumento, de pie, diez metros de altura, como torre de homenaje, con la frase olímpica de Rodó al tope, como una bandera de aliento: "No hay límite donde acabe para el fuerte el incentivo de la acción". Y debajo de esa frase heráldica, en la propia pieza ornamental de granito, el candor, la ingenuidad, la pureza, esculturados con poético donaire en el tríptico de "Mirando jugar a un niño".

Bajad la vista al Gorgias de la parábola, condenado, como Sócrates, a beber la cicuta, porque la prédica de sus ideas molesta la mentalidad de los poderosos de Atenas. Miradlo, en el ala izquierda del monumento; rodeado de sus discípulos, compartiendo con ellos, en el tramo final de su vida, el último trago de vino y dictándoles, al propio tiempo, la última lección de su filosofía insobornable.

No acepta el Maestro la fidelidad absoluta a su doctrina, como sumisión a un dogma. Recomienda la investigación, la búsqueda de la verdad, esté donde esté, aún más allá de la propia verdad que él les ha predicado; aún más allá de las propias enseñanzas que él les ha impartido.

Mirad el gesto del estoico varón, a un paso de la muerte: sereno, majestuoso, patriarcal. Cerrad un minuto los ojos ante él y diréis, os parecerá oír, la voz de bronce del Maestro cerrando el dramático brindis con las clásicas palabras de la parábola: "Por quien me venza con honor en vosotros."

La voz de Gorgias, la voz de Rodó, la voz de Belloni, suenan juntas en la entraña del metal!

Observad, en la otra ala del monumento, el grupo de "Los seis peregrinos", a punto de partir de la pequeña ciudad de la Eubea para encontrarse con el Maestro Endimón y seguir en su compañía, por la ruta de Alejandro, sembrar la palabra evangélica de Pablo de Tarso: Agenor haciendo punta; Indomeneo y Nearco en segundo plano; y más atrás Lucio, Merión y Adimanto, seguido de su perro. Es el momento en que los jóvenes paganos, convertidos a la nueva fe, dan el primer paso hacia el rumbo de la apostólica cruzada.

Miradlos con atención y os parecerá ver, en la actitud de cada cual, el signo inequívoco del espíritu en movimiento. Es el sello del pulgar de Belloni.

Y ahora, antes de dirigirnos hacia la otra fachada del monumento, detengámonos unos instantes al borde de la fuente, a congraciarnos con el agua, a llenarnos de cielo los ojos y a inundarnos de transparencia el alma, para recibir la imagen de Ariel con la unción con que se escucha una página de Bach en órgano o un fragmento del Eclesiastés en latín o una coral litúrgica en voces blancas.

Porque Belloni centró en Ariel toda la esencia poética de su sensibilidad. Hizo de la piedra, aire; hizo de la piedra, nube; hizo de la piedra espíritu. Hizo de la piedra música, espiga mitológica, vuelo, fantasía, símbolo...

Venid, mirad conmigo. Aquí está, presidiendo la escena, sobre una pilastra de granito gris, la cabeza del Maestro Rodó, en bronce. Como la vio Belloni cuando la moldeaba en arcilla. Como la había visto lejanamente en vida por las calles de Montevideo, a principios de siglo. Como la vio en el culto de su admiración. Como la llevó consigo, entrañablemente, sienes adentro. Como la idealizó, como la humanizó, como la reverenció. Rodó hombre, Rodó monumento, Rodó luz.

Y levantad los ojos para ver el espíritu de Rodó en el Ariel. Por algo eligió Belloni el granito gris para su magna creación. Color nube; color lejanía; color atmósfera. La figura angélica del mito shakespeariano parece desprenderse milagrosamente de la roca, como un haz de niebla, para alzar el vuelo a las galaxias, navegar por el espacio, dialogar con sus hermanas las estrellas. Y es que para remontar vuelo hay que estar liviano de conciencia, como los pájaros, libre de ataduras a la tierra, como el viento, desnudo de pasiones como el recién nacido.

Cuando Belloni modelaba la estatua en la arcilla, oía en sus adentros, envuelta en una melodía de terciopelo, la voz de la sabiduría en boca del Viejo Próspero:

"Ariel triunfante, significa idealidad y orden en la vida, noble inspiración en el pensamiento, desinterés en moral, buen gusto en arte, heroísmo en la acción, delicadeza en las costumbres. El es el héroe epónimo en la epopeya de la especie; él es el inmortal protagonista; desde que con su presencia inspiró los débiles esfuerzos de racionalidad del hombre prehistórico, cuando por primera vez dobló la frente oscura para labrar el pedernal o dibujar una grosera imagen en los huesos de reno; desde que con sus alas avivó la hoguera sagrada que el ario primitivo, progenitor de los pueblos civilizados, amigo de la luz, encendía en el misterio de las selvas del Ganges, para forjar con su fuego divino el cetro de la majestad humana, hasta que, dentro ya de las razas superiores, se cierne deslumbrante sobre las almas que han extralimitado las cimas naturales de la humanidad: lo mismo sobre los héroes del pensamiento y el ensueño que sobre los de la acción y el sacrificio; lo mismo sobre Platón en el promontorio de Sunium que sobre San Francisco de Asís en la soledad del Monte Albornoz".

Ariel es la más alta expresión del Amor. Y el Amor existirá siempre mientras exista el mundo, mientras exista la humanidad, mientras exista el hombre. Es la raíz de la vida, el aire del pulmón, el pulso de la sangre, la gloria del sentimiento.

En todas las épocas de la historia fue, es y será fundamental la presencia del Amor en la convivencia humana.

Es, quizás, la más honda pedagogía del mensaje rodoniano:

"...mientras exista en el mundo la posibilidad de disponer dos trozos de madera en forma de cruz —es decir: siempre— la humanidad seguirá creyendo que es el amor el fundamento de todo orden estable y que la superioridad jerárquica en el orden no debe ser sino una superior capacidad de amar!"

Emilio Carlos TACCONI

(Especial para EL DIA)



Anverso y reverso de la medalla conmemorativa de la inauguración del monumento a Rodó